

¿CRUZADA O GUERRA CIVIL?

LA PERSPECTIVA DE EUGENIO VEGAS

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

La guerra de España de 1936 a 1939 fue calificada de Cruzada. Guerra hecha por la Cruz. Basada en motivos religiosos y, en cierto modo, antesala del cielo para los combatientes de uno de los bandos que ofrecían su mayor bien, la vida, por Cristo y la religión. Dentro de la más fundada tradición católica, a esa entrega generosa del cristiano, que por amor a Dios ofrece sufrimientos y aun la muerte, corresponderá la amorosa acogida del Padre a las almas de los que mueren en el combate.

Pero, ¿fue así? ¿Nuestra pasada guerra puede llamarse Cruzada? ¿Estamos ante una realidad o frente a la manipulación interesada y propagandística de unos hechos con otro significado?

Un acontecimiento de las características del alzamiento del 18 de julio de 1936, con cientos de miles de combatientes, con indudables e inequívocos condicionantes políticos, con miserias y grandezas, crueldades, injusticias y actos del más acrisolado heroísmo no es fácil de calificar. Unos y otros se entremezclan, haciendo difuso lo que muchos querrían nítido. ¿Podría ser de otra manera?

Los antecedentes tampoco contribuyen a aclarar el problema, pues son también varios y distintos. Los había de llano y claro patriotismo ante la desmembración de la unidad nacional. Citemos, por ejemplo, la conocida manifestación falangista encabezada por José Antonio Primo de Rivera o el tenaz combate que Víctor Pradera sostuvo contra el nacionalismo vasco. También de defensa de la propiedad ante las constantes invasiones de fin-

cas o los incendios de mieses. O de puro instinto de conservación ante asesinatos indiscriminados que hacían que nadie se sintiera seguro. O de salvaguardia de una sociedad tradicional ante amenazas de una revolución que pretendía inaugurar un mundo nuevo: «Hijos, sí; maridos, no». De defensa de intereses empresariales y aun de simple consumo, amenazados por las huelgas constantes. De anhelos por restablecer un mínimo principio de autoridad y de justicia sin los cuales un pueblo no puede vivir. De unión corporativa: un ejército disminuido y vejado, una guardia civil objeto de permanentes ataques y bajas: «También los guardias civiles tienen madre...». De afanes por salir de un caos económico y social creciente. De legítimos intereses políticos de los que se hizo escarnio en la discusión de actas tras las elecciones de 1936, señalando el asesinato de Calvo Sotelo el punto de no retorno...

Todo ello llevaba a un enfrentamiento cada vez más radical entre las dos Españas que predecía un choque sangriento. Pero todo ello no justificaba una Cruzada, aunque pudiera hacer más que legítima una sublevación.

Al mismo tiempo que actuaban todas esas concausas de la guerra, había otras de inequívoco carácter religioso. La República, desde su misma instauración, había sido abiertamente beligerante contra la Iglesia y el sentimiento católico de muchos de los españoles. A los pocos días de su proclamación se produjo el incendio de numerosos templos con la tolerancia, si no con la complicidad, de las autoridades republicanas.

La iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, la de las monjas bernardas, la de los carmelitas descalzos de la plaza de España, el colegio de Maravillas en los Cuatro Caminos, donde los hermanos de la Doctrina Cristiana daban educación gratuita a los hijos de obreros de aquella barriada, el convento de las mercedarias, la parroquia de Bellas Vistas, el colegio de María Auxiliadora, el ICAI... Era el 11 de mayo en Madrid. Aún no hacía un mes que los católicos españoles disfrutaban de la República.

En Sevilla y en Cádiz se reprodujeron los hechos. Málaga

fue ya una orgía de incendios. Como Valencia y Alicante. Estaba claro, pese a las exhortaciones de Angel Herrera a los católicos de que acataran la República, cual era el objetivo de muchos republicanos: la abierta persecución a la Iglesia.

Inmediatamente después de este acto de barbarie, en el que se perdieron innumerables tesoros artísticos, el oficialmente católico ministro de la Gobernación, Miguel Maura, que había presidido la inacción de la fuerza pública ante los desmanes, expulsa a Francia al obispo de Vitoria, monseñor Múgica, que, escoltado por la policía y con protesta expresa, es puesto en la frontera de Irún.

El 3 de junio los arzobispos españoles protestan de las medidas anticatólicas del Gobierno. El 14 de junio es expulsado de España el cardenal primado don Pedro Segura.

Los artículos 26 y 27 de la Constitución consagraron oficialmente el sectarismo anticatólico del Gobierno. Azaña se permitía proclamar que España había dejado de ser católica.

Se retira el crucifijo de las escuelas y se expulsa a los jesuitas. Las procesiones, y entre ellas la Semana Santa de Sevilla, no pueden celebrarse. Los incendios de iglesias son el pan nuestro de cada día: el convento de las reparadoras de Bilbao, la parroquia de Santurce, las iglesias de Purchill (Granada), Algeciras, Pozáldez (Valladolid), Rioja (Almería), Peal de Becerro, Santa Olalla (Huelva), Santa María de Pulpis (Castellón), Betanzos, Chanteiro y Santa María del Villar (Ferrol), Gijón, Somorrostro, Zafra...

Pío XI había publicado su encíclica *Dilectissima nobis* consagrada a España a raíz de la Ley de confesiones y congregaciones religiosas que había provocado una nueva protesta del episcopado español.

El triunfo electoral de las derechas fue sólo un breve paréntesis de relativa tranquilidad, si bien sólo después de la revolución de octubre que en Asturias costó la vida a varios sacerdotes. El advenimiento del Frente Popular, en febrero de 1936, supuso un notable incremento de la barbarie antieclesial. Calvo Sotelo hace en las Cortes un trágico balance: «A partir del 16 de fe-

brero... hasta el 2 de abril se han producido los siguientes asaltos y destrozos... iglesias, 106, de las cuales 56 quedaron completamente destruidas». Poco después era Gil Robles quien en el mismo lugar incrementaba las cifras. El período era del 16 de febrero al 15 de junio: «Iglesias totalmente destruidas 160, asaltos de templos, incendios sofocados, destrozos e intentos de asalto, 251». Había, pues, una evidente connotación antirreligiosa en uno de los sectores en pugna. Era lógico, por tanto, que motivaciones religiosas encendieran indignaciones y oposiciones en el otro bando. ¿Hasta caracterizar una Cruzada?

El 18 de julio de 1936 todas esas causas que venían entrelazándose explotaron. Y, naturalmente, fueron sentidas con diversa fuerza en cada una de las personas o de los grupos que participaron en la guerra.

Para el Ejército no hubo, a mi entender, un planteamiento de Cruzada en la conspiración previa y en el momento de la sublevación. Los generales, jefes y oficiales que participaron en el alzamiento, católicos sin duda muchos de ellos y fervorosos algunos, se movieron por motivos patrióticos y de autodefensa. España se deshacía, el Ejército era vilipendiado y desarticulado, su seguridad social y aun física estaba en riesgo... No cabe duda que la mayoría de ellos veía con indignación el incendio de iglesias y la legislación anticatólica. Pero eso era un elemento más del caos social que querían remediar y no el principal determinante de su actuación.

Sus principales figuras no eran, al menos en aquellos días, modelos de catolicismo practicante y fervoroso. He oído a testigo autorizado referir la anécdota de cómo un día el general Mola decía a Víctor Pradera:

— Mi mujer y usted son los únicos que me hacen ir a misa los domingos.

Y del que más tarde sería generalísimo Franco se cuenta anécdota semejante. No fue África, precisamente, escuela de religiosidad y ello es un hecho que afectaba a muchos militares. No quiere ello decir que con posterioridad al 18 de julio, y muy posiblemente a consecuencia de la misma guerra y de hechos

de profunda religiosidad vividos en ella, no se produjera un notable cambio en muchos militares. Y concretamente en Mola hasta su muerte y en el que enseguida sería Caudillo de España.

Para una importantísima fuerza política, el Carlismo, la guerra asumió desde el primer momento el carácter de Cruzada. Y aun desde las mismas reuniones conspiratorias. Se lanzaron al combate por Dios, por la Patria y el Rey. Independientemente de la religiosidad individual de los combatientes requetés, muy notable en la mayoría de ellos, y que se traducía en la asistencia habitual a las misas celebradas en las trincheras o en el rezo del rosario en las mismas, había una manifestación pública y colectiva que podríamos simbolizar en las cruces que acompañaban a las banderas que en muchas ocasiones también las llevaban tanto en desfiles como en acciones de guerra. Y el famoso «detente» fue un elemento más de la uniformidad de los tercios del Requeté.

La otra gran fuerza política que nutrió las unidades voluntarias, FE de la JONS hasta la Unificación, no tenía la carga religiosa que asumía el Tradicionalismo. Aunque en la Falange es preciso distinguir dos fases muy diferenciadas. El primer núcleo que pilotó José Antonio Primo de Rivera y la inmensa formación política que se creó tras el alzamiento y al que llegaron aluviones de muy distintas procedencias.

Para el movimiento joseantoniano no era determinante la cuestión religiosa, aunque fuera sentida por muchos o posiblemente por la gran mayoría de sus miembros. Y, particularmente, por los seguidores de Onésimo Redondo en los que el sentido católico estaba más institucionalizado.

Tras la ejecución de su fundador, de cuya muerte católica no cabe abrigar la menor duda, Falange conoció un acentuado mimetismo nazifascista impulsado por jerarquías ajenas al primitivo núcleo falangista y que curiosamente terminaron muchos de ellos en posiciones muy contrarias a las asumidas en aquellos días. La Falange de Serrano, Tovar, Ridruejo, Laín, Torrente..., todos personajes de aluvión que nada tuvieron que ver con la Falange de los días difíciles, no era precisamente un movimiento

puesto en pie de guerra por Dios y la Religión. Aunque utilizara, porque le convenía, el impulso religioso.

Las preocupaciones del eximio cardenal Gomá ante modelos foráneos que pretendían imponerse nos excusan de insistir en este tema. Solamente mencionaremos un hecho que nos parece profundamente significativo. Los «caídos» sustituyeron a los «mártires» o, simplemente, a los «muertos por Dios y por España». Ciertamente oficialmente eran caídos por Dios y por España, como el movimiento era Falange Española Tradicionalista y de la JONS. Pero así como la T cayó enseguida de la terminología al uso de los nuevos falangistas, los muertos en la guerra eran sencillamente los caídos.

Esto no quiere decir que entre los miles de voluntarios que acudieron a las Banderas de Falange no hubiera muchísimos en los que los impulsos religiosos fueran de enorme peso. Evidentemente. Pero la línea oficial iba por otro camino.

Donde la guerra adquiere un impresionante carácter religioso es en la retaguardia republicana. Allí fueron miles y miles los asesinados por causa de la religión. Y es verdaderamente estremecedor el testimonio de las bárbaras ejecuciones de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares a los que es imposible negarles el carácter de mártires como últimamente ha reconocido ya oficialmente la Iglesia, ¡por fin!, en tres carmelitas descalzas de Guadalajara que, sin duda, han sido las pioneras de lo que va a ser multitud.

La muerte asumida con pleno convencimiento de martirio está reflejada documentalmente en miles de testimonios. Morían entre cánticos religiosos, aclamando a Cristo Rey, perdonando y aun bendiciendo a los que les asesinaban, seguros de que esa muerte les abría las puertas del cielo.

Y es preciso añadir otra característica de aquellas ejecuciones muchas veces masivas. Bastantes pudieron salvar sus vidas aceptando la propuesta de apostasía de sus verdugos. No lo hicieron y murieron ejemplarmente. Y estos testimonios de profunda religiosidad, de santidad martirial, no los dieron sólo obispos y sacerdotes. En no pocas ocasiones fueron seglares los que anima-

ban a quienes se hallaban ante el pelotón de ejecución confortando a sus compañeros con la esperanza del cielo.

El pueblo comprendió enseguida el significado religioso de esas muertes y, pese a la moda imperante y aun impuesta, en numerosos pueblos de España hubo una plaza o una calle de los Mártires.

En la retaguardia de la zona nacional se vivió también un sentido religioso de la guerra. La inmensa mayoría de los que apoyaban el alzamiento tenían clara conciencia de que se estaba salvando a España de los «sin Dios». Actos religiosos conmemoraban oficialmente las victorias del ejército e infinidad de funerales, en la intimidad de las familias y los amigos —¿quién no tuvo a alguien próximo, muerto en el frente o en la retaguardia republicana?—, daban también un sentido religioso al tránsito de esta vida a la otra como muertos en la fe y no pocos por la fe.

Que esto se vivió así por muchas gentes es indudable. A su lado habría escépticos y aun agnósticos. Y las barbaries que toda guerra desata animando pasiones de odio, venganza y rencor. Pero eso ha ocurrido en toda Cruzada.

La Iglesia también se pronunció por aquellos días y en sentido inequívoco. Su voz más autorizada, la del Santo Padre, no deja dudas al respecto. Pío XI, en su famosa alocución a un grupo de peregrinos españoles que huían de la barbarie roja fue ya sumamente explícito cuando aún no habían ocurrido las espantosas matanzas de Madrid del otoño de 1936.

«Desposeídos y despojados de todo, cazados y buscados para daros la muerte en las ciudades y en los pueblos, en las habitaciones privadas y en las soledades de los montes, así como veía el Apóstol a los primeros mártires, admirándoles y gozándose de verles hasta lanzar al mundo aquella intrépida y magnífica palabra que le proclamaba indigno de tenerles: *quibus non erat mundus*.

Venís a decirnos vuestro gozo por haber sido dignos, como los primeros Apóstoles, de sufrir *pro nomine Iesu*, vuestra felicidad, ya exaltada por el primer Papa, cubiertos de oprobios, por el nombre de Jesús y por ser cristianos; ¿qué diría él mismo,

qué podemos decir Nos en vuestra alabanza, venerables Obispos y Sacerdotes, perseguidos e injuriados precisamente *ut Ministri Christi et dispensatores mysteriorum Dei?*

Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heorísmos y de martirios; verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más inocentes, de venerables ancianos, de juventudes primaverales, hasta la intrépida generosidad que pide un lugar en el carro y con las víctimas que espera el verdugo».

«Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino; personas sagradas, cosas e instituciones sagradas; tesoros inestimables e insustituibles de fe y de piedad cristiana, al mismo tiempo que de civilización y de arte; objetos preciosísimos, reliquias santísimas; dignidad, santidad, actividad benéfica de vidas enteramente consagradas a la piedad, a la ciencia y a la caridad; altísimos Jerarcas sagrados, Obispos y Sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida, y el mismo sagrado y solemne silencio de los sepulcros, todo ha sido asaltado, arruinado, destruido con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pueden creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza humana, aun la más miserable y la caída en lo más bajo».

Y el Papa no sólo exalta la gesta de los mártires, sino que también bendice a los ejércitos nacionales:

«Sobre toda consideración política y mundana, Nuestra Bendición se dirige de una manera especial a cuantos se han impuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión, que es como decir los derechos y la dignidad de las conciencias, la condición primera y la base segura de todo humano y civil bienestar».

El primero de los documentos episcopales que en España se ocuparon de la guerra fue el que firmaron los obispos de Pamplona, Marcelino Olaechea y de Vitoria, Mateo Múgica el 6 de agosto de 1936.

La pastoral comienza con estas palabras: «En estos momentos gravísimos, tal vez decisivos para la suerte de la Religión y de la Patria...».

Dicen los obispos:

«En el fondo del movimiento cívico-militar de nuestro país late, junto con el amor de patria en sus varios matices, el amor tradicional de nuestra Religión sacrosanta. El espectáculo que ofrece hoy nuestra región es único en el mundo. Habéis hecho a Dios la ofrenda de docenas de miles de vidas. Muchas de ellas han sucumbido. Vasconia y Navarra llevan la marca gloriosa de la sangre derramada por Dios».

Pero los obispos se encuentran ante un «gravísimo episodio». Católicos de sus diócesis se oponen con las armas al ejército nacional. «Esto es gravísimo. Pero lo que conturba y llena de consternación nuestro ánimo de Prelados de la Iglesia, es que hijos nuestros, amantísimos de la Iglesia y seguidores de sus doctrinas, han hecho causa común con enemigos declarados, encarnizados de la Iglesia».

Y a esos católicos extraviados les dicen los obispos, sus obispos: «Hijos amadísimos: Nos, con toda la autoridad de que nos hallamos investidos, en la forma categórica de un precepto que deriva de la doctrina clara e ineludible de la Iglesia, os decimos: *Non licet*.

»No es lícito, en ninguna forma, en ningún terreno, y menos en la forma cruentísima de la guerra, última razón que tienen los pueblos para imponer su razón, fraccionar las fuerzas católicas ante el común enemigo. La doctrina de la unión ante los enemigos del cristianismo, antes que todo, sobre todo, con todos, tan reiteradamente inculcada por el Papa actual en el orden pacífico de las conquistas del espíritu, en la estrategia del Apostolado, en las luchas blancas de los comicios o de la labor legislativa, debe aplicarse totalmente, sin género de excusas, a los casos de guerra en que se juega el todo por el todo, doctrina e ideales, haciendas y vidas, presente y futuro de un pueblo.

»Menos lícito es, mejor absolutamente ilícito es, después de dividir, sumarse al enemigo para combatir al hermano, promi-

cuando el ideal de Cristo con el de Belial, entre los que no hay compostura posible (...).

»Llega la ilicitud a la monstruosidad cuando el enemigo es este monstruo moderno, el marxismo o comunismo (...).

Un mes después, el obispo de Vitoria, precisamente uno de los dos obispos españoles que no firmaron la carta colectiva de 1937, puntualizaba:

«Por conducto autorizado, se nos dice que en Bilbao niegan que sea auténtico nuestro documento Pastoral que, de acuerdo con mi Venerado Hermano, de Pamplona, se publicó en la prensa y se radió el día 6 del próximo pasado mes de agosto, condenando la incomprensible conducta de algunos católicos de nuestra diócesis, que combatían a metralla despiadada a otros hermanos suyos católicos, levantados en armas a una con la inmensa mayoría del ejército español, para defender los intereses religiosos y a España.»

Y más adelante:

«Católicos vascos, oid, escuchad a vuestro Prelado que, sin distinción de partidos, supo amar a todos sus Hijos diocesanos.

»No podéis de ninguna manera cooperar ni mucho ni poco; ni directa ni indirectamente, al quebranto del ejército español y cuerpos auxiliares, requetés, falangistas y milicias ciudadanas que, enarbolando la auténtica bandera española, bicolor, luchan heroicamente por la Religión y por la Patria.»

Y concluye:

«Y vosotros, sacerdotes y religiosos, haced llegar nuestra voz a los fieles de la diócesis en vuestras iglesias respectivas, secundad en estos gravísimos momentos dócil y lealmente todas nuestras actuaciones; rezad, orad, pedid, organizad cultos; aconsejad penitencia y mortificaciones a las almas, aportad y haced aportar los recursos económicos que os sean posibles; todo ello, para cooperar por todos los medios viables al triunfo del ejército salvador de España.»

El arzobispo de Burgos, en su Pastoral del 14 de febrero de 1937, decía:

«Y hubiera sucumbido bajo los embates de tantos adversa-

rios, si el Angel Custodio de España, enviado por la misericordia de Dios, no hubiera conmovido las fibras de este pueblo, porción escogida del Señor y de la Santísima Virgen, y valiéndose del siempre católico y heroico ejército español no se hubiera levantado al grito de ¡Viva España!, empuñando las armas una vez más contra los enemigos de Dios y de la Patria, y lanzándose a la lucha más épica, grande y desproporcionada que han visto los siglos, y en la que desde el primer momento ha brillado con luz meridiana la visible protección del cielo, sin la cual es inexplicable esta nueva y sin par reconquista».

Para el arzobispo de Burgos era Dios el que combatía al lado de los ejércitos nacionales:

«Pensad bien vosotros, venerados Hermanos y amadísimos Hijos, las gracias y beneficios que se os han hecho, medid los peligros de que se os ha librado. Mirad en vuestro derredor y ved las muertes alevosas, los crueles asesinatos, las persecuciones, los despojos, las angustias, las desolaciones que os rodean por todas partes. Contemplad cómo se han conjurado las furias del averno, cómo se han desatado completamente sobre esta pobre España para destruirla y aniquilarla; calculad qué hubiera sucedido, si Dios no hubiese suscitado y protegido el movimiento salvador, llevándole adelante contra obstáculos y dificultades sin cuento, y humanamente invencibles, e inspirado en esa juventud de nuestros días, que no merecía confianza alguna por su frivolidad, su afán de comodidades y placeres y su olvido de la Religión, un espíritu tan elevado, tan fuerte, tan valiente y tan decidido por Dios y por la Patria, que parecía imposible existiese y pudiera revelarse; confesad, finalmente, qué hubiera sido de nosotros sin esa grande y especial protección de Dios, que, sin mérito alguno por nuestra parte, nos ha librado a nosotros y a todo lo nuestro, familias, bienes de todo orden, vidas, pueblos y ciudades. ¡La Nación entera, de ser siervos de Moscú, del comunismo, de los "sin Dios"!»

En la misma línea el obispo de Salamanca, Plá y Deniel, había dicho en su Pastoral, «Las dos ciudades», de 30 de septiembre de 1936:

«Los comunistas y anarquistas son los hijos de Caín, fraticidas de sus hermanos, envidiosos de los que hacen un culto de la virtud, y, por ello, les asesinan y les martirizan; y no pudiendo acabar con Dios ni con Cristo, sacian su odio en sus imágenes, en sus templos y en sus ministros, y se gozan en el asesinato, en el saqueo, en la destrucción y en el incendio».

Ante ellos están los defensores de la España nacional o, al menos, una parte de ellos.

«Frente a tanta degradación humana de la ciudad terrena de los sin Dios, florece la ciudad celeste de los hijos de Dios, cuyo divino amor les eleva hasta las sublimidades del heroísmo y del martirio. El heroísmo necesita un ideal elevado para ofrendar valiente y aun gozosamente la vida; a él llegan los soldados y los voluntarios que luchan por Dios y por la Patria, esperando una vida ultraterrena; no lo alcanzan los que, al impulso del odio, son audaces y crueles en matar: éstos llegan a exponerse también a morir, mas no son de la casta de los héroes que no saben huir».

Plá y Deniel reconocía, en septiembre de 1936, que en las filas nacionales no era todo oro molido y que había en ellas hasta asesinos. Pero a su lado estaban muchos hijos de la ciudad de Dios, los mártires, evidentemente, y también muchos de los combatientes.

No vamos a multiplicar citas episcopales que harían interminable este trabajo. Pero es inexcusado referirse a la carta colectiva del episcopado español, firmada el 1 de julio de 1937 por todos los obispos españoles que no habían sido asesinados por los rojos, excepto dos que se encontraban fuera de España. Y aun uno de los firmantes, monseñor Anselmo Polanco, obispo de Teruel, sería posteriormente asesinado al caer en manos del enemigo.

Para la totalidad de los obispos había también dos tendencias, dos ciudades:

«Un pueblo partido en dos tendencias: la espiritual, del lado de los sublevados, que salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización tradicional y la Patria, y muy ostensiblemente, en

un gran sector, para la defensa de la religión; y de la otra parte la materialista, llámese marxista, comunista o anarquista, que quiso sustituir la vieja civilización de España, con todos sus factores, por la novísima "civilización" de los soviets rusos».

«Hoy por hoy, continúan diciendo los obispos, no hay en España más esperanza para reconquistar la justicia y la paz y los bienes que de ella derivan que el triunfo del movimiento nacional».

El testimonio de los obispos españoles de entonces no es, como se ve, dudoso. Y su voz tuvo eco internacional. El episcopado de todo el mundo se pronunció tanto sobre el terrible holocausto de la zona roja como sobre la acción salvadora y de reconquista del ejército nacional.

El cardenal Verdier, arzobispo de París, se dirigió el 7 de septiembre de 1937 al cardenal Gomá, artífice de la Pastoral colectiva:

«¡Pero, Eminencia, a pesar de tantos dolores y tantas ruinas, una gran esperanza alborea ya para vuestra patria!

»Y ante todo, el heroísmo tan cristiano de vuestros hijos causa la admiración del mundo entero y añade un nuevo esplendor a la gloria de la caballerisca España. Más aún, la gran familia católica recordará a través de los siglos los sacrificios que los hijos de la noble España han decidido hacer para salvar su fe, y ella bendecirá «por siempre su memoria».

El arzobispo de Cambrai se pronunciaba en el mismo sentido:

«Estad cierto, Eminencia, de nuestra viva y fraternal simpatía en la tribulación: vuestros sufrimientos son nuestros, vuestras angustias nos acongojan, vuestras humillaciones pesan asimismo sobre nosotros. Con vuestras oraciones van también las nuestras; y las comunidades religiosas y los verdaderos cristianos de esta diócesis ofrecen a Dios sacrificios por la redención de nuestra hermana, la España católica».

Para el cardenal Roey, arzobispo de Malinas, «esta guerra ha tomado el carácter del conflicto a muerte entre el comunismo

materialista y ateo y la civilización cristiana de nuestros viejos países occidentales».

Los obispos de Chile decían el 7 de octubre:

«Aprovechamos esta oportunidad para renovar nuestra manifestación de simpatía y adhesión que el año 1936 enviamos al venerable Episcopado español en cable dirigido a Vuestra Eminencia Reverendísima, y para asegurar a todos los venerables hermanos en el Episcopado, al clero y católicos de España, que continuaremos rogando por el triunfo de la causa cristiana en vuestra patria, causa que lo es de la verdad, de la justicia y caridad sociales y fuente del bienestar verdadero de los pueblos, y, finalmente, que, en conformidad también a nuestros anhelos y a vuestra petición, nos esforzamos en dar a vuestra hermosa carta colectiva la mayor publicidad que nos sea posible, para contribuir así al triunfo de la verdad y de la justicia en el mundo, a la defensa de la Iglesia en la noble España de nuestros mayores y al triunfo definitivo de la causa de Cristo para bien de la Humanidad».

El arzobispo de Westminster, en nombre de todos los obispos de Inglaterra y Gales, se dirigía en septiembre de 1937 al cardenal Gomá en estos términos:

«Con un dolor sólo superado por el vuestro, hemos notado las tergiversaciones, las mentiras, los subterfugios y las interpretaciones torcidas de los hechos. Hace tiempo que nos hemos dado cuenta de que la violencia y la mendacidad eran el brazo derecho o izquierdo del comunista militante anti-Dios; aprendimos esto del programa de uno de sus corifeos. Desgraciadamente, nuestra prensa ha aceptado con demasiado afán la propaganda bien pagada de los rojos».

El cardenal Dougherty, arzobispo de Filadelfia, en nombre del episcopado norteamericano, decía el 18 de noviembre:

«Nos decís que diez obispos, que miles de sacerdotes y religiosos y decenas de millares de fieles católicos han sido asesinados, no pocas veces con crueldad execrable, por haberse mostrado infatigables enseñando al mundo la obra divina del Evangelio. Vuestras palabras nos han causado profundo horror».

Los obispos mejicanos, que acababan de pasar una durísima y sangrienta prueba en la que el pueblo católico dio una portentosa lección de heroísmo y de fidelidad a Cristo y a su Iglesia, había enviado, días antes de hacerse pública la carta colectiva, un hermosísimo mensaje de adhesión a los obispos españoles:

«Acostumbrados nosotros a ser perseguidos desde hace muchos años, nos hacemos perfectamente cargo de las penalidades que tanto el venerable episcopado español como el clero y los fieles han padecido por el nombre de Jesús.

»Pero a pesar de los grandes sufrimientos de la Iglesia mexicana, comprendemos que el año de persecución padecido por la Iglesia española supera a los nuestros, y es digna de compararse con la terrible persecución de los primeros tiempos del cristianismo».

Los obispos del Paraguay contestaban el 18 de agosto:

«Estamos admirando la valentía de ese pueblo, cuyos hijos están librando memorables batallas en persecución del nobilísimo fin de mantener los derechos bien definidos de la Iglesia católica y el ejercicio libre del culto religioso que, en mala hora, los fementidos librepensadores quieren hacerlo desaparecer.

»El corazón de este país, tal vez la hija más pequeña, pero no por eso menos amante de la Madre Patria, deplora todo lo que está pasando, y en ocasión del Primer Congreso Eucarístico Nacional que están celebrando, sus hijos han pedido a Jesús Sacramentado termine cuanto antes tanto horror con el triunfo de la fe cristiana. El Señor bendiga la obra del general Franco».

El obispo coadjutor y el titular de Salto (Uruguay) enviaban este mensaje el 20 de septiembre:

«Creemos asimismo un deber ineludible hacer llegar por intermedio de Vuestra Eminencia nuestros sentimientos de sincera admiración y alta simpatía al invicto jefe superior del insuperable ejército libertador, Generalísimo don Francisco Franco, al cuerpo de verdadera excepción de expertos oficiales y a las intrépidas legiones por ellos conducidas a la victoria resonante de la fe, la civilización y el patriotismo sobre la soldadesca forajida del ateísmo comunista».

El episcopado portugués, encabezado por el cardenal Patriarca de Lisboa, concluía así su carta colectiva del 3 de enero de 1938:

«Y a la vista de la gloriosa pléyade de los mártires que honran la España católica, inmolados en pleno siglo xx ante un mundo casi indiferente, no nos resistimos a llamarla, con un gran poeta, ¡la Santa España!».

El episcopado de Cerdeña, el 10 de octubre, no abrigaba dudas sobre el carácter de Cruzada de la guerra:

«Verdaderamente, el auténtico pueblo de la católica España ha sabido en la tórbida hora que corre, mantener altísimo el lábaro de su fe con el heroísmo de sus hijos, encuadrados en una nueva Cruzada contra todos los poderes de la impiedad, conjurados contra Dios y la Patria. Nuestro pueblo, por cuyas venas corre aún antigua sangre española, fraternalmente os admira, venerables hermanos, y aplaude conmovido vuestra fe y vuestro heroísmo».

Los obispos de Liguria, encabezados por el cardenal Mingretti, decían el 25 de octubre:

«Difficil es expresar con la palabra la intensidad de nuestro dolor ante la barbarie ejercida por los sin-Dios contra todo lo santo, contra las personas, los templos y la misma humanidad».

El cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich:

«Con toda el alma suplicamos al Príncipe eterno de la paz que se acorten los días de la prueba; y entretanto, conceda su ayuda a los desdichados que sufren, y su fortaleza a los que defienden los sagrados derechos de Dios, y su victoria a los que luchan en estos combates santos».

Los obispos austriacos, en noviembre de 1937 decían:

«Nos congratulamos con vosotros, al ver que tantos horrores terminan en bien, de que la victoria del derecho y de la justicia, la victoria del cristianismo, de la fe católica, adelanta cada vez más en vuestro país. Así como antes nos condolíamos, ahora nos alegramos del cambio felicísimo obrado en vuestra patria».

Los obispos griegos se dirigían a los obispos españoles el 30 de noviembre:

«Os damos las gracias, venerables pastores, por haberos comunicado con nosotros; y a falta de otra cosa, continuaremos instantemente nuestras oraciones para que el día del triunfo final completo de vuestra causa, que es la del mundo cristiano y civilizado, y el retorno de la paz y del orden en vuestra amada y gloriosa España amanezca cuanto antes».

El arzobispo de Calcuta, el 19 de agosto, decía a Gomá:

«Ni que decir tiene que en toda la archidiócesis se ruega fervorosamente por la España católica».

Y el de Madrás, el 2 de septiembre:

«El grave acento de vuestro mensaje, tan lleno de razón serena, de justicia y de caridad cristianas, no dejaría lugar a la menor duda sobre la santidad de la causa que ha alzado en pie a la España nacional, y pondría un anatema de impiedad sobre la ligereza inexplicable de quien se alinee en pro de los enemigos de Dios y de su Iglesia».

Los obispos de Filipinas, el 21 de octubre de 1937:

«Me es grato poner en conocimiento de Vuestra Eminencia Reverendísima que todos los señores obispos de Filipinas, unidos en el mismo sentimiento y en las mismas ideas simpatizan, a pesar de la propaganda impía y sectaria, con las aspiraciones de la nueva España, reconociendo, interesándose y haciendo suya la legitimidad y nobleza de la causa que sostiene el Generalísimo Franco, el episcopado español y todos los buenos españoles que luchan al lado del glorioso Caudillo por la salvación religiosa y económica de España.

»Dios no puede menos que ayudar a los que luchan por los intereses religiosos y la salvación de España. Un ejército que reza el rosario, confiesa y comulga antes de lanzarse al combate, tiene que vencer necesariamente».

Podríamos continuar este auténtico plebiscito de la Iglesia universal sobre la guerra de España. No parece necesario. Quien quiera consultar los textos completos aquí citados puede hacerlo en: *Ha hablado la Iglesia*, Burgos, 1937; *El mundo católico y la carta colectiva del episcopado español*, Burgos, 1938; *La carta colectiva del episcopado español*, Editorial CIO, Madrid, 1972.

Por último, y en el primer aniversario de la muerte de nuestro queridísimo amigo Eugenio Vegas, que tan intensamente vivió aquellos días, queremos traer del segundo tomo de sus *Memoorias*, aún inédito, testimonio del espíritu con que se sintió aquella guerra.

Podemos comenzar con Carlos Miralles. Un grupo de jóvenes madrileños fue encargado por el general Mola de cortar el paso por Somosierra. Y allí se fueron a cumplir las órdenes recibidas. Cuando algún coche no obedecía el mandato de alto disparaban sobre él y se ocasionó alguna víctima. La inmediata preocupación de aquellos voluntarios era procurar que hicieran un acto de contrición para que murieran cristianamente.

Carlos Miralles, que mandaba aquellos jóvenes, fue herido gravísimamente el 22 de julio al intentar resistir el avance de una columna roja de dos mil hombres que quería desalojar a los menos de cien defensores del puerto. Le trasladaron a Burgos donde llegó ya cadáver. Por los pueblos del trayecto, llenos de controles, recibían a la comitiva con gritos patrióticos. Carlos les oía moribundo. Y en un momento dado, al oír los ¡Viva España!, dijo a sus hermanos Luis y Manolo que le acompañaban:

— Yo ya he hecho bastante por España. Ahora que sólo me hablen de Dios.

Ese espíritu era muy común entre los combatientes. Por eso no es de extrañar que encargado Eugenio Vegas por la familia de la redacción y publicación de la esquila del primero de los hermanos Miralles que caía en combate, pusiera en ella, con profundo sentimiento y convencimiento, unas palabras que luego se multiplicaron en tantísimas otras esquelas: «Muerto por Dios y por España».

Era un sentimiento vivo y compartido entre combatientes y familiares. ¿Que hubo algunos muertos en los que esa palabra sonaría incluso a burla? Puede ser. Pero la inmensa mayoría estaba convencida de que respondían a la realidad.

Se podrían contar miles de ejemplos de madres que animaban a sus hijos a marchar al combate, donde había riesgo cierto y grave de perecer, o que aceptaban esa decisión de sus hijos con

un espíritu realmente de Cruzada. Dios exigía ese sacrificio, en el que peligraba la vida del hijo, —¿cuántos no volvieron?—, y ellas se tragaban las lágrimas porque una causa santa estaba en juego.

Eugenio Vegas refiere cómo cuando el infante don Juan se disponía a incorporarse al frente de Somosierra, su madre, la reina doña Victoria Eugenia, aprobó inmediatamente la empresa.

— Porque en situaciones como ésta, dijo, como dice el proverbio, las mujeres a rezar y los hombres a luchar.

Del tiempo en que estuvo Eugenio Vegas voluntario en Somosierra, hasta que fue reclamado a Burgos por el general Mola, nos relata el estado de ánimo de su amigo Luis Miralles que acababa de enterrar a su hermano en la citada capital castellana.

«Cuando alguna noche me tocaba guardia solía acompañarme Luis Miralles. Tenía un elevadísimo espíritu.

— Esto es magnífico, me decía. Estar aquí luchando por Dios y por España. Yo estaba en Italia, estudiando, pero como veía que aquí las cosas iban muy mal, exigí a mis hermanos, bajo palabra de honor, que cuando supieran que el alzamiento era inminente me llamaran. Al ver que el estallido era inmediato se lo dijeron a nuestra madre y ella les dijo que me avisaran.

»Y yo no sabía qué admirar más, si la moral del hijo o a aquella madre que durante tres años había tenido a sus tres hijos mayores en la cárcel y que ahora, cuando dos seguían en riesgo pero el tercero parecía a salvo en el extranjero, decía a los que estaban aquí que le llamaran, pues la patria podía necesitarlo. No vivió el sufrimiento de la muerte de sus tres hijos, pues murió en Madrid unos días antes del 18 de julio. Recuerdo que estuve en su entierro. Y me quedó grabadísimo, de modo que aún hoy perdura en mi memoria, el colosal espíritu religioso de Luis Miralles».

No es de extrañar que en ese ambiente religioso-patriótico, doña María Ortega, viuda de Pradera, se refiera a su marido asesinado, en carta a Eugenio Vegas, como a «mi querido mártir». Había una clara conciencia de que se moría por Dios.

Me parece también significativa en este sentido la carta que

el hoy arzobispo Maximino Romero de Lema, que entonces se preparaba para el sacerdocio, escribía a Eugenio Vegas:

«Desde que en España ha comenzado esa Santa Cruzada (obsérvese que estamos en diciembre de 1936) me he planteado el problema de si debería o no marchar inmediatamente al frente. Personas nada sospechosas me aconsejaron que me quedara. Ya que aquí también estaba sirviendo a España pues, a consecuencia de los fusilamientos de sacerdotes, pronto se notaría su falta, mas ahora han llamado oficialmente a mi quinta y mi deseo es marcharme cuanto antes».

Pese a los consejos de Angel Herrera de que no acudiera a España, a los pocos días se encontraba con Eugenio en San Sebastián vistiendo ya el uniforme de soldado.

Se reproduce también en las *Memorias* un artículo de José Pemartín publicado en *ABC* de Sevilla el 1 de junio de 1937 con el título *El banquete de los muertos sagrados*. En él se da una versión del asesinato de Pradera que yo desconocía: «(Pedro Sáinz Rodríguez) nos narró la santa muerte de Pradera, como un San Pablo, con el crucifijo en la mano, gritando a sus asesinos: ¡Este no muere! ¡Y si os arrepentís, El os perdonará, como yo os perdono!».

Victor Pradera era un viejo tradicionalista, cargado de estudios y saberes. Toda su vida la había ofrendado a sus queridísimos ideales de Dios, Patria y Rey. Su muerte bien puede considerarse como el colofón de una existencia militante. Pero hay en el libro de Vegas otros testimonios. Como el de Borja Infan-tado. Joven, simpático, de la primera aristocracia española... Todo en la vida parecía sonreírle. Los tres hijos del viejo duque habían ido al frente sin vacilaciones. Un día, el más joven, apenas tenía veinte años, escribió esta carta a su madre:

«Queridísima mamá: Quisiera escribirte una larguísima carta, pero no puedo ni me siento capaz de hacerlo.

»Esta carta es una despedida, pues creo que esta tarde Dios me llamará. No entro en detalles de los que ya te enterarás. Lo único que quiero es decirte que tengas valor y no llores por mí, pues estaré mucho mejor que en esta tierra.

»Es duro el sacrificio, pero Dios y España nos lo exigen y no podemos regateárselo.

»Dale un abrazo muy fuerte a papá, dile que quisiera evitarle este disgusto, pero que no puede ser.

»Te abraza fuertemente tu hijo que te espera allá arriba.

»¡Adiós y viva España!

Borja».

A los dos días de esta extraña premonición caía muerto el joven alférez frente al enemigo. En el bolsillo de su guerrera encontraron esa carta a su madre.

El relato podía ser interminable. La misma peripecia guerrera de Eugenio Vegas que era capitán jurídico y en tres ocasiones marchó al frente voluntario. Primero a Somosierra, después a una Bandera de Falange y por último como legionario. Cuando tantos de sus amigos, cuando tantos españoles habían muerto o morían asesinados o en el frente, le parecía que su obligación con Dios y con España estaba en primera línea y no en la retaguardia haciendo consejos de guerra como capitán jurídico. Y en la Legión, con un grupo de amigos legionarios que crecía por días, rezaba todos los días el rosario en las trincheras.

El estaba convencido de que participaba en una Cruzada. La Iglesia, por boca de sus más altos representantes, opinaba lo mismo de esa guerra. Los asesinados estaban absolutamente seguros de que eran mártires por la fe. Al lado de todo esto hubo miserias, evidentemente. Pero, ¿en qué Cruzada no las hubo?